

LA ESCRITURA EN SÍNTESIS:

una memoria de mi paso como editora de *Armas y Letras* (2006-2016)

JESSICA NIETO

S upongo que este texto, si debo ser congruente con su título, necesariamente debe comenzar con una memoria, quizás dos. Refiero la primera: Cuando estudiaba la carrera de Letras Hispánicas en la UANL, en alguna de las clases que tomé, alguien me espetó un “¡Aprende a sintetizar!”. Recuerdo que llevaba unos minutos tratando de explicar algo, quién sabe qué –la memoria tampoco es tan sólida–, y mientras lo hacía –esto sí lo recuerdo bien–, me sentía segura, hablando y hablando. En ese tiempo, pensaba que eso era lo que se esperaba de mí: que hablara. En la facultad TODOS hablaban. Y sí, es intencional poner “todos” porque eran más los hombres los que no dejaban de hablar. Sobre lo que fuera. En clases, igual, los que más participaban eran, claro, los hombres. No digo esto como un reclamo: así era. Yo asumí, pues, que había que hablar, porque como mujer silente, entre puros hombres parlantes, no me quedaba de otra. Entonces hablé. Y cuando hablé se me dijo: aprende a sintetizar.

Me tomó tiempo entender la recomendación de “sintetizar”. Si han leído con atención, he escrito: “Y cuando hablé...”, y no: “Pero cuando hablé” porque, a la distancia, entiendo que no se me decía que guardara silencio, al contrario, se me estaba pidiendo que nombrara lo indispensable. Aquello que basta. Lo que hace voltear la mirada, la atención. Que no cayera en el regodeo de estos otros que hablaban y hablaban, y que, ahora lo reconozco, no daban en el clavo. Entonces, bueno, continué y terminé mi carrera. Me gradué. Conseguí mi primer empleo formal en la Dirección de Publicaciones de la UANL. Empecé a ser la editora de la revista *Armas y Letras* a los 23 años. Trabajé mis primeros dos números –el 54 y el 55–, tratando de no salirme de la línea, en silencio, por supuesto, cuidando los textos y su orden... y fue hasta el tercero –56– que entendí que justo eso era lo que debía hacer en cada edición: sintetizar. Dar en el clavo. Hablar.

Refiero la segunda memoria: Si la primera tiene que ver

con el habla, esta tiene que ver con la escritura. Los primeros correos que envié en mi vida a escritores, sin tener idea de cómo lidiar con escritores, fueron a finales de marzo de 2006. Iban dirigidos a Rodrigo Fresán, Cristina Rivera-Garza, Eduardo Antonio Parra, los columnistas de Toboso en ese entonces. En dichos correos apuntaba: “Mi nombre es Jessica Nieto. Soy la nueva editora de la revista *Armas y Letras*. Escribo para presentarme...”. En esa cuenta de Yahoo se encuentran –todavía, porque Yahoo no la ha evaporado a la nada virtual– todos mis intercambios, cordiales y no, con todos los colaboradores y las colaboradoras de la revista con los que me tocó trabajar. Sus escrituras, diversas, como debe ser en una revista como ésta, fueron el material que me enseñó a sintetizar –que básicamente es *componer un todo por la reunión de sus partes*–. A través de ese correo concreté mi acercamiento a un mundo, *el de la gente que escribe*, y confirmé mi oficio, *la que sintetiza lo que escribe la gente que escribe*. La editora.

Como una tejedora, hilaba texto con texto, para que el número fuera adquiriendo un sentido de lectura, el mío que, como editora, proponía.

Dije que esta segunda memoria tenía que ver con la escritura, pero ahora me viene a la mente algo que tiene que ver más con el hablar: de las primeras cosas que hice como editora de la revista fue marcarle por teléfono a Carlos Monsiváis para recordarle que debía enviar un texto sobre Sergio Pitol para el número 55. Le marqué. Contestó, fingiendo ser una anciana, pero como ya estaba advertida de que él solía hacer eso, sin divagar, puntualmente, le dije, así, con mi voz, por primera vez: “Soy Jessica Nieto, editora de *Armas y Letras* de la UANL”. Me asumí. Le dije lo que necesitaba y no más. Su voz cambió y me dijo: “Dame tu correo para enviártelo”. Y sí, al día siguiente, el texto sobre Pitól estaba en mi bandeja. Monsiváis también muy puntual. Esta experiencia, junto con otras, me fueron enseñando a, exacto, dar en el clavo. A lidiar con *la gente que escribe*; más específicamente, *la gente que escribe para publicar aquello que escribe*. Porque, este es un paréntesis mío, tengo como una certeza muy firme que todos, todas y todes escribimos, y que las formas en que todas

estas escrituras son y aparecen y están, esas sí, esquivan con maestría la síntesis.

En total edité 30 números de la revista, del 54 al 90 y una edición especial en torno a Raúl Rangel Frías, fundador de esta publicación. Fueron diez años. Los primeros seis, junto con Víctor Barrera Enderle, mi director editorial de 2006 a 2012, y Miguel Covarrubias, mi director editorial de 2012 a 2016. Junto con Víctor, la síntesis fue muy latinoamericana, crítica, actual. Con Covarrubias, la síntesis se tornó poética, plena de otros sonidos, sin dejar de lado lo que concierne a la creación en nuestro entorno. Tuve el apoyo de mi amigo José Juan Zapata como corrector, y como parte importante, la lectura y revisión de artículos por parte de Nohemí Zavala, quien ahora funge como editor de esta revista. Por supuesto, las revistas que edité no habrían salido a la luz sin el trabajo de diseño editorial original de Francisco Larios, continuado por Elena Herrera, Jorge Ortega y Verónica Rodríguez, los tres diseñadores con los que me tocó trabajar, potentes y creativos, y los tres en algún

momento se valieron de un recurso que entonces nos podíamos permitir: meter otro tipo de papel para destacar la obra del artista invitado (número 68, con obra del cubano Patricio Rodríguez; número 71, con obra del artista regio David Garza, y número 78, con obra de Erika Khun). Lo que quiero recalcar con esto es que la revista se trabajaba para eso, para ser hojeada, para ser sentida, palpada. *Armas y Letras* era a su vez un espacio ocupado y que ocupaba. Tenía un peso. Si alguien toma en sus manos un ejemplar de esos años, o de antes, cuando era directora Minerva Margarita Villarreal, constatará que no son revistas livianas. Y no obstante su peso –porque pesan– la tarea, mi tarea, fue ser puntual. No meter nada de menos ni de más. Que cada índice quedara exacto. Como una tejedora, hilaba texto con texto, para que el número fuera adquiriendo un sentido de lectura, el mío que, como editora, proponía –aunque claro que cada quien puede leer la revista en el orden que desee–, y luego pasaba la madeja de hilos a los diseñadores para que ellos fueran completando el tejido conectando imágenes, componiendo páginas, agregando colores... La síntesis, por supuesto, también se da en este diálogo con los demás involucrados

en la hechura de la revista. Con los impresores. Con los administradores. “Sintetizar”, en este sentido, sí que tiene que ver con hablar. Tuve que hablar con todos, todas, todos, porque mi tarea, además de ser puntual, era que esta publicación con más de 80 años de historia, no desapareciera. *Armas y Letras* es una publicación que se ha transformado tanto con el paso del tiempo: ha cambiado de formatos, de diseño, de estructura... pero se mantiene, antes solo en papel, ahora también en línea. Porque más que una revista, repito, debe entenderse como un espacio que ocupa y que es ocupado, y que, quizás sea escandaloso que lo come aquí, pero pienso que ha sido esta su última época, la que inició en 1996, la que más ha cumplido aquello que su fundador Raúl Rangel Frías nombró como su “verdadera intención”: “humanismo, nostalgia y esperanza de un ser humano poderoso, hondamente ingenuo del corazón y de imaginación intensa y radiante”.

Y vaya que *Armas y Letras* contagia ese afán de imaginación. Recuerdo ahora, con nostalgia, los días

que pasaba construyendo los índices. Tomaba como punto de partida alguna línea propuesta por algunos de mis directores, y a partir de ahí empezaba acomodando los textos de la parte principal y primera, “la sin nombre”, pues no tenía un nombre de sección como el resto; –que ahora se denomina Letras de Armas tomar a partir precisamente de uno de los índices–. En torno a

Siempre he creído que mi sello particular, el gesto que define los números que trabajé, son los textos que aparecen en las portadas, en particular el cabezal que contiene en unas cuantas palabras el contenido de cada edición.

este primer bloque, que era el que me daba “el tema” de ese número –realmente no tenía temas, yo los inventaba para generar un orden, un microuniverso en cada edición–, ahora sí empezaba a conectar los demás textos. Los leía e iba subrayando, apuntando, sintetizando, la idea aglomeradora. Y como en un mapa, iba marcando la pauta. O como en una partitura, iba marcando el camino. Una cosa u otra, no soy de andar por muchos

senderos más que los habituales, y no sé nada de escritura musical, pero con *Armas y Letras* anduve caminos y escuché sonidos que, sin su presencia en mi vida, jamás habría conocido, o, mejor dicho, jamás habría imaginado.

Pero vuelvo a la síntesis. No me bastó con estructurar índices plenos de sentido y comunicación. Siempre he creído que mi sello particular, el gesto que define los números que trabajé, son los textos que aparecen en las portadas, en particular el cabezal que contiene en unas cuantas palabras el contenido de cada edición. Una frase a la que llegaba no por azar, por supuesto; una frase que en todo el proceso de lectura, de revisión, de diálogo, de edición, se

iba perfilando a mi alrededor como una idea a la que iba viendo de soslayo en mi trabajo silente –sí, sigo siendo una mujer silente, pero hablo desde otro tipo de silencio: la escritura–, hasta que, ya casi al final, cuando trabajábamos las portadas y yo sabía qué imagen iba a estar enmarcando las palabras, entonces ahí, la frase se hacía evidente y tenía todo el sentido del mundo.

Recuerdo algunas en particular que me gustaron mucho:



Sobre resonancias, osmosis y ecos, número 60, con obra de Felipe Ehrenberg.



La expresión volátil y expansiva, número 77, con obra de Ramiro Martínez Plascencia.



Ficción: arrojado de la realidad, número 78, con obra de Erika Khun.



El roce de las letras, número 84-85, con obra de Mayra Silva.

El número 90 fue mi último número como editora responsable. Como yo ya lo sabía, y aprovechando que se integraba un dossier sobre Marguerite Duras, decidí poner como encabezado la frase “Esto es todo”, título de su último libro. Esa frase, ahora lo puedo decir, fue mi despedida por escrito de *Armas y Letras* como su editora. Quise ocupar el espacio que por diez años me ocupé en ocupar, y de algún modo decir: hasta aquí llega mi síntesis, vendrá la de alguien más.

Hay tanto que puede rememorarse, porque fueron diez años y fueron demasiadas historias. Recuerdo así rápido cosas como el Encuentro de Revistas Culturales que intentamos establecer, pero solo pudimos organizar uno en 2013; recuerdo la convocatoria para la primera serie de la Colección Ínsula; recuerdo a mi querida Bárbara Jacobs, siempre cercana, escribiendo una novela, *La dueña del Hotel Poe*, que nació entre las páginas de la revista y en donde aparezco como personaje, precisamente, como “la editora de *Armas y Letras*”, invitada a la fiesta del Hotel.

Empecé con un par de memorias, pero he repasado un poco más que eso. Entiendo que mi texto no es objetivo, pero no podía serlo. Esta revista representa un momento definitorio en mi vida, no hay más. Me hizo hablar, porque sí, eso era lo que se esperaba de mí: que hablara, pero no con mi voz, sino a través de la edición, a través de *Armas y Letras*. Por diez años esta revista fue mi eco, porque pensé en ella tanto como pienso en mí.

Ahora sí, esto es todo. Creo que, al final, sí que di en el clavo.